Reflexiones unamunianas en torno al patriotismo de la lengua

A José Alberto Mainetti
y a Manuel Luis Martí.

Para quien ha tenido la suerte —y en tal sentido me considero privilegiado— de pisar múltiples veces tierra hispanoamericana, el contacto con la vida y las costumbres, con los paisajes y vivencias de los países hermanos, debe de constituir siempre motivo de reflexión y tema de meditación permanente. De otra parte, celebramos ahora el cincuentenario de la muerte de don Miguel de Unamuno, y uniendo su recuerdo a la presencia siempre viva de aquel continente entrañable, me atrevo a preguntarme: ¿qué pensó, qué sintió don Miguel respecto a los hispanoamericanos, en relación con España? Pregunta cuya respuesta es compleja por su amplitud, ya que mucho fue lo que él escribió sobre el tema; amplitud cuya cabal elaboración rebasaría los límites de este trabajo. Por lo cual, a la sombra de esa conmemoración, y con la nostalgia todavía en los ojos y en el corazón de la querida tierra argentina, recorrida con amor por mis pies y vivida emocionadamente por mis sentimientos desde la sobrecogedora región de los lagos de San Carlos de Bariloche, al sur, hasta la patética visión de la quebrada de Humahuaca, en las tierras empobrecidas y siempre vivas de Jujuy, en la linde con Bolivia, limito mi respuesta a una sencilla recopilación de lo que el genial vasco pensó, escribió y dijo sobre la lengua, de cara a la República Argentina.

Pero debo iniciar la aventura declarando que para mí, la tarea de aproximarse a la figura de don Miguel de Unamuno comporta, cuando menos, una indiscreción, un reto y un temor. Trataré de explicarme.

Indiscreción, en tanto que, recordemos sus versos de 1929:

> Aquí os dejo mi alma-libro
> hombre-mundo verdadero.
> Cuando vibres todo entero
> soy yo, lector, que en tí vibro (VI, 1188)

es la propia persona de don Miguel la que se nos abre en su integridad a través de su obra.

Mas esa indiscreción conlleva un continuo reto, en cuanto que la lectura del pensador vasco se nos ofrece incitante:

> El alma que aquí dejo
> un día para mí se irá al abismo;
> no sentirá mis cantos;
> recojeréis vosotros su sentido.
> Descubriréis en ellos
> lo que yo, por mi parte, ni adivino,
> ni aún ahora que me brotan;

veréis lo que no he visto
en mis propias visiones;
donde yo he puesto blanco veréis negro,
donde rojo pinté, será amarillo. (VI, 171)

Y en este sentido, en fin, que en sus páginas hemos de descubrir —aquí el temor—, ¿merecerá acaso la impaciente repulsa que él mismo adelantó en su poema «Cuando yo sea viejo»?:

¿Habráse visto
petulancia mayor, sandez más grande,
pretender estos niños
comprender de unos cantos
mejor que no el cantor cuál el sentido?
¿Mejor que no él sabrán los badulaques
qué es lo que decir quiso? (VI, 171)

A riesgo, por tanto, de indiscreto, de osado, de sandio y badulaque incluso, admitamos los epítetos, hablemos una vez más de don Miguel de Unamuno.

Y nada mejor, pienso, para escoger el tema, que aprovechar la feliz circunstancia de celebrarse cuando escribo la festividad del Doce de octubre, la Fiesta de la Raza —expresión, veremos, que él tanto denigraba—, o mejor, para seguir sus sentires y decires, Fiesta de la Lengua. Lo cual nos va a dar pie para exponer la peculiar visión que del patriotismo nos ofrece la obra unamuniana, a través de escritos varios que discurren desde 1899 hasta 1927, año en que se inicia, como es bien sabido, su destierro político —«fuera aunque a la vista de España»—; y prolongados luego hasta la víspera de su muerte.

Porque, en efecto, ante la presencia y el recuerdo de Hispanoamérica las actitudes patrióticas de los españoles de entonces pueden ser dispares, aun cuando una común fuente las alimente: el desastre del 98, la pérdida de las islas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. «Y aquí estamos el pueblo que habla español. Recluidos de nuevo a nuestra península después del gloriosísimo ensueño de nuestra expansión colonial, volvemos a vernos, como Segismundo, vuelto a su cueva, según decía Ganivet. Y ahora es cuando nos acordamos de nuestra raza.» Así se lamentaba Unamuno en 1899, en las páginas de *El Sol* bonaerense y en las de *El Imparcial* de Azul (IV, 571).

En el mismo año otro español destacado viajaba a los Estados Unidos de Norteamérica. En un libro que hace años le consagré —*Santiago Ramón y Cajal o la pasión de España* es su título— he intentado dramatizar, a mi modo, la impresión que, en su viaje a Worcester, produjo en nuestro sabio una memorable velada. La cuenta él en sus *Recuerdos de mi vida,* y ésta es mi versión:

Lo que produjo en mí la más profunda impresión fue un día de campo, a la orilla de un lago pintoresco. Al final del banquete al que asistieron profesores y estudiantes, y tras los brindis, se hizo el silencio. Caía la tarde. De repente el centenar de asistentes, puestos en pie, comenzó a cantar, vibrantes, acordes, las estrofas del himno americano primero, las del *Dios salve a la Reina* después. ¡Dios santo, qué emoción! En el silencio de la noche que ya iniciaba su oscuridad, mi corazón latía descompasadamente y las majestuosas estrofas me sonaban a sublime canto religioso. ¡A punto estuve de echarme a llorar! ¿Emoción? ¿Pena? Aquellos himnos que briosamente se alzaban de todas las gargantas no tenían en mi recuerdo su equivalente hispano. ¿Quién conoce el himno patriótico de la raza hispana?, me preguntaba estremecido. Aquella

noche, sí, aquélla, un puñado de norteamericanos, recordando antes de separarse que eran hijos de una misma madre, me reveló el secreto de su superioridad: la educación del patriotismo, la inoculación del espíritu de solidaridad.

Frente a nuestras grotescas asonadas y pronunciamientos, frente a nuestro desdén por la ciencia y el progreso industrial, frente a nuestra secular ausencia de solidaridad política, fragmentados en estaditos que se miran con recelo o se odian cordialmente en tanto que proclaman pomposamente el espíritu de la raza, aquel puñadito de anglosajones —concluye Cajal—, entonando solemnemente las estrofas del *God save the Queen,* me reveló la realidad del amor a la raza, la espontaneidad de un patriotismo, mítico casi, fanático diría, aprendido desde la niñez y robustecido luego por la educación política.[1]

Perpetuarse, pues, en la raza, a través de un patriotismo fundado, por vía de la regeneración, sobre la esperanza de lo que España aún podía ser. El programa lo expuso Cajal en un memorable discurso pronunciado en la Universidad Central de Madrid el año inmediato, con motivo de la concesión a su persona del Premio Internacional de Moscú. La regeneración de España, de la España no tradicional e histórica sino posible, debía conseguirse por vía inédita a través del trabajo intelectual, científico y técnico. A patria chica alma grande. «El territorio de España ha menguado; juremos todos dilatar su geografía moral e intelectual. Y cuando los hombres de las naciones más civilizadas no puedan discurrir ni hablar en materias filosóficas, científicas, literarias o industriales sin tropezar a cada paso con expresiones o conceptos españoles, la defensa de la patria llegará a ser cosa superflua, porque nadie menosprecia lo que admira y respeta.»[2]

Hasta aquí, el patriotismo de la raza de Cajal. Para Unamuno, más limitado quizá en sus vuelos pero más profundo aún en su programa, no debe acudirse al recuerdo de la raza sino al presente de la lengua.

... esta nuestra raza —escribe también en 1899— no puede pretender consanguinidad; no la hay en España misma. Nuestra unidad es, o más bien será, la lengua, el viejo romance castellano convertido en la gran lengua española, sangre que puede más que el agua, verbo que domina el océano. ¡Tierra!, así en robusta entonación castellana, ¡tierra!, debió ser la primera palabra que oyó silenciosa América al abrirse a nuestro mundo, y en el seno del verbo de que brotó esa palabra ha de fraguarse la hermandad española. (IV, 571)

Pero Unamuno tiene ya muy claro en esta fecha que en modo alguna debe exhibir España títulos de mayorazgo ni magisterio frente a la América hispana. No hemos de pretender los españoles ser más descendientes que ellos de los conquistadores, ni tampoco que el viejo romance castellano se difunda a todos los países americanos para ser sangre espiritual del pueblo que habla español, sin que haya que tocar para ello a sus venerables tradiciones. «En América desarrollará la española, la raza histórica, la que tiene por sangre la lengua, potencialidades que aquí se ajan y languidecen atrofiadas a falta de uso... En tan vastos y variados dominios se cumplirá una diferenciación mayor de nuestra raza histórica, y la lengua integrará las diferencias así logradas. Italianos, alemanes, franceses, cuantos concurren a formar las repúblicas hispanoamericanas, serán absorbidos por nuestra sangre espiritual, por nuestro idioma, y dirán *mi tierra,* así,

[1] *A. Albarracín Teulón,* Santiago Ramón y Cajal o la pasión de España. *Ed. Labor, S. A., Barcelona, 1982; pp. 162-164.*

[2] *A. Albarracín Teulón,* op. cit.; *p. 190.*

en robusta entonación castellana, al continente que oyó *¡tierra!* como saludo de otro mundo. Y en ellos, en los españoles de América, aprenderemos a conocernos y a vivir acaso los que quedamos en el viejo solar de los abuelos, en la "pequeña España", a cultivar el pago de Alonso Quijano el Bueno.» (IV, 572)

Es un texto, repito, de 1899. En él ha aparecido ya la famosa expresión unamuniana de la lengua entendida como sangre del espíritu, que se repetirá monótonamente a lo largo de su vida. Así en 1901, casi a la vez que Cajal proclama que «a patria chica, alma grande», Unamuno proclamará que «como la lengua es la sangre del espíritu del pueblo, y base de toda disposición orgánica la sangre, hay entre nuestra literatura y la de las naciones americanas de lengua castellana una hondísima comunidad, mucho más honda de la que por allá se sospecha y cree» (IV, 741). Y nueve años más tarde, uno de sus sonetos líricos, el LXVII, que lleva precisamente por título «La sangre del espíritu», reza así:

La sangre de mi espíritu es mi lengua
y mi patria es allí donde resuene
soberano su verbo, que no amengua
su voz por mucho que ambos mundos llene.

Ya Séneca la preludió aun no nacida,
y en su austero latín ella se encierra;
Alfonso a Europa dio con ella vida,
Colón con ella redobló la tierra.

Y esta mi lengua flota como el arca
de cien pueblos contrarios y distantes,
que las flores en ella hallaron brote

de Juárez y Rizal, pues ella abarca
legión de razas, lengua en que a Cervantes
Dios le dió el Evangelio del Quijote. (VI, 375)

Y desde 1911 hasta 1935, a través de la prensa argentina y española, utilizando también las ondas radiofónicas meses antes de que se inicie nuestra guerra civil, una y otra vez, y siempre, el mismo credo: «Creo... que el alma de un pueblo vive en su lengua y por su lengua y que es ella nuestro tesoro espiritual; creo que se piensa con palabras y que cada idioma lleva implícita su filosofía propia, que se impone a cuantos la hablan; creo que la lengua es la sangre del espíritu y que la hermandad espiritual es lingüística; creo que en el principio fue la palabra, y por ella se hizo cuanto es de espíritu y vida, y no materia inerte. Tal es mi fe». (IV, 600)

De ahí que, frente a la utilización oficial, cada vez mayor, de la expresión *Fiesta de la Raza,* Unamuno se indigne y clame una y otra vez que no, que la lengua es la raza; que habríamos de denominar a la efemérides *Fiesta de la Lengua* (IV, 630). Porque el concepto de raza sólo lo acepta si se le otorga un sentido histórico y humano, no naturalístico y animal. «Raza —escribe— quiere decir lo mismo que raya o línea; una "raza" de sol dicen por aquí del haz de luz solar que se cuela por una rendija de un aposento a oscuras. Pero hay una raya o línea histórica y espiritual que tiene muy poco que ver con la sangre. Es la lengua, con todo lo que lleva en sí acumulado a presión de siglos.» (IV, 641) «Y la raza histórica —no naturalística—, humana —no animal—, es algo no hecho, sino que está haciéndose de continuo, que mira al porvenir y no al

pasado.» (IV, 641) «Dejemos a un lado lo de raza, nos repite, que es término harto oscuro» (IV, 644), que «nos dice de algo corporal, material, fisiológico, sangriento en cierto sentido, de algo que tiene que ver con esos confusos embolismos de colores y contornos de las cabezas... y que lleva a la barbarie antropológica.» (IV, 654) «Valdría más haber dicho de la lengua o de la historia. La raza no la sentimos en otro respecto, como no se trate de esos, ya muy marcados, que se distinguen por peculiaridades corporales de mucho bulto y por el color de la piel. Si no fuera por la lengua, un español no se sentiría más cerca de un cubano, un colombiano, un chileno o un argentino, que de un italiano o un francés.» (IV, 644) Por eso él, que tan bien conocía la etimología del vocablo *estraneus,* se atreve a decir que llama extranjero «al que no hable nuestro idioma» (IV, 963). Y por eso también esa bellísima glosa de la hispanidad, que en noviembre de 1927 aparecía en la revista *Síntesis* de Buenos Aires, y que me atrevo a reproducir como texto antológico del amor a la patria a través del amor a la lengua:

> Y aquellos llaneros y serranos del corazón rocoso de Hispania pasaron la mar para ir a conquistar, a pelear, a llevar allende el océano sus guerras civiles, pero también a sentarse sobre la yerba virgen de la pampa, y oír, bajo la Cruz del Sur, cantar otras estrellas.
>
> Esta tierra bajo el cielo, esta tierra llena de cielo, esta tierra que siendo un cuerpo, y por serlo, es un alma, esta tierra hizo, con el latín, unos lenguajes, unos romances. Hizo el catalán, y el aragonés, y el leonés, y el bable, y el castellano, y el gallego, y el portugués. De ellos salieron los idiomas literarios y oficiales. Y esos lenguajes son las razas. Raza, palabra castellana —raza es como raya o línea— que ha pasado a casi todas las lenguas europeas. Pero más que raza de sangre, más que línea de sangre, raza de lenguaje. (IV, 1083)

He aquí la clave de la honda emoción que la lectura del *Martín Fierro* produjo en el alma patriótica de don Miguel. Ya en 1894 proclama de él que es canto impregnado de españolismo, que española es su lengua, españoles sus modismos y sus máximas, su sabiduría y su alma (IV, 716). Y años después, desde las páginas de *El Imparcial* de Azul, confiesa que en el poema épico del gaucho vio «que lo mismo que nuestros caballos y toros, que llevados en domesticidad a esa, se han hecho cimarrones, así al encontrarse el español ahí en condiciones sociales análogas a las de aquí en el siglo XII o XIII, luchando con indios como aquí con moros, rebrotó el aventurero de nuestra reconquista. Martín Fierro —concluye— es un eco de nuestro viejo *Cantar del Mío Cid,* de nuestros primitivos romances» (IV, 724). El *Martín Fierro* es para él un símbolo del patriotismo del lenguaje, del amor a España a través del amor a la lengua.

Pero no puede detenerme en la pura descripción. Conviene dar un paso más y tratar de ver qué expresión podía alcanzar este patriotismo de la lengua en el pensamiento y en la acción de don Miguel de Unamuno. Para lo cual, es evidente, conviene también, previamente, dar razón de la circunstancia cultural y lingüística en que la obra unamuniana se desarrolla. *Hic et nunc.*

En el año 1906, y en *La Nación,* aparece una serie de colaboraciones del autor, recogidas luego, también en Buenos Aires, en 1943, bajo el título de *Temas argentinos.* Rubén Darío había sido el introductor de don Miguel en el mundo cultural argentino; y éste, don Miguel, al dirigirse a su público de allende el océano, entona un canto de confesión contrita:

«Aquí me tenéis, en este estado de ánimo, disponiéndome a conversar con vosotros

periódicamente, desde este manso retiro de mi vieja y dorada Salamanca, nido de soledades. Y a conversar con vosotros que vivís en vuestra mayor parte en esa tumultuosa colmena de Buenos Aires. Mi voz os sonará muchas veces a voz que surje no de otros siglos, sino acaso de fuera de los siglos... Mi voz os llevará tal vez un eco de la tranquila sabiduría castellana, que después de haber soñado altas hazañas —todavía en su corazón el desastre del 98— se recoge a meditar en la final vanidad de todo esfuerzo humano. A esta tierra en que apenas si se sabe que los hombres mueren, os llegarán ecos de esa tierra en que apenas si se sabe que los hombres viven.» (T. A., 993) El lugar no puede ser más idóneo. Exponiendo en poética prosa lo que dos años antes ha expresado bajo forma rimada en su bellísimo poema «Salamanca», nos dirá ahora: «Considerad que os escribo desde el seno de una antigua ciudad castellana, y más que castellana, leonesa, que duerme en una llanura donde ondea el trigo, a la orilla de un río lento que la refleja entre álamos sencillos, desde el seno de una ciudad, remanso de sosiego, a cuyas bordadas piedras enciende el oro el sol poniente cuando se acuesta tras las encinas graves. Aquí se aprende a pensar despacio, bajo el peso de los recuerdos que vagan en el ámbito espiritual». (T. A., 993).

Aquí, mas también ahora. Un ahora que amargamente reconoce Unamuno, y que tan lúcidamente analizará también un día, treinta y tres años más tarde en la benemérita institución Cultural Española de Buenos Aires, otro español de pro, don José Ortega y Gasset. Desde su secesión e independencia, a comienzos del siglo pasado, la Argentina hizo lo que han hecho siempre, con ejemplar uniformidad, todas las colonias que conquistaron su libertad: vivir aproximadamente durante cien años vueltas de espaldas a la metrópolis, suspicaces y hostiles hacia ella.[3] De ahí la patriótica tarea: «Quisiera también —prosigue Unamuno— que estas correspondencias fuesen un hilo más en la trama de la hermandad de todos los pueblos de lengua castellana, por la que vengo trabajando hace años ya. Y trabajando por ella de la única manera que creo eficaz, fuera de aparatosas y bullangueras uniones ibero-americanas, en las que parece no se rinde a la verdad el culto que ésta merece, el primero de todos» (T. A., 994). —Un año antes, en carta-artículo dirigido desde *El Mundo Latino* a Mariano José Maldueño, ha denunciado ya que «... la cobardía moral, y su hija primogénita la mentira, son las dos pestilentes plagas que tienen agarrotada y perlesiada el alma española» (IV, 899)—. «No penséis, prosigue, por Dios os lo ruego, que soy uno más de ese cotarro o compañía que trata de engañar a las gentes sencillas: no. Yo os diré lealmente que aquí, en España, apenas si hay quien se interese por las cosas de América ni le importen ellas un comino, y en cuanto a la gente de letras, ni siquiera se digna abrir las páginas de un libro americano. Los diarios americanos van en nuestras redacciones al cesto de los papeles viejos con las fajas intactas. Esta es la verdad pura.» (T. A., 994) Más todavía: «Usted sabe —en la citada carta a Maldueño— que los más de los españoles que se tienen a sí mismos por cultos y pasan entre las gentes por tales, ignoran los límites de Bolivia, hacia donde cae el Paraguay y si la República de El Salvador da al Atlántico o al Pacífico; usted sabe —prosigue— que apenas se leen aquí libros americanos, a pe-

[3] *J. Ortega y Gasset. «En la Institución Cultural Española de Buenos Aires». O. C., vol. VI, Madrid, 1961, p. 237.*

sar de los esfuerzos que hacemos algunos escritores por darles a conocer, esfuerzos que no nos toman en serio, cuando no nos los atribuyen a móviles poco elevados y menos puros; usted sabe que apenas se encuentra un español para quien las naciones americanas de lengua española tengan fisonomía propia, y lo mismo les da que un escritor sea argentino, chileno, venezolano o mejicano...» (IV, 899-900).

Lo cual da lugar, naturalmente, «a la recíproca tristísima idea de la España actual, que a través de no pocos libros americanos se nota» (T. A., 994). «A nuestra necia soberbia le dan, del lado de allá de los mares, lo que ella se merece; ... triste es decirlo, pero la verdad debe decirse siempre, nos pagan en la misma moneda.» (IV, 900)

¿Y quiénes son éstos que así nos pagan? A lo largo del siglo XIX, y más acentuadamente tras la derrota del 98, ha sido tópico en España hablar de los «hijos ingratos» que nos abandonaron. «Nada me parece más ridículo —escribe don Miguel en 1903, desde las páginas de los *Estudios* bonaerenses— que oír decir por acá, hablando de estos o aquellos americanos, que son *hijos* ingratos, como si los que ahí hablan castellano, llevan apellido castellano —y aun muchos que no lo llevan— y sangre española en las venas, fueran menos descendientes que nosotros de los que conquistaron y poblaron esas tierras. Lo probable es que lo sean más.» (IV, 576-577) No resisto la tentación de reproducir una expresiva muestra de la agresividad de Unamuno al respecto. En 1917, y en *Nuevo Mundo* de Madrid, comenta con acritud un mensaje del conde de Romanones a Alfonso XIII sobre la hermandad hispánica, en el que trasluce el deseo de hacer de España la madre de la confederación moral de todas las naciones de nuestra sangre. ¿Por qué hijas, y no hermanas?, se rebela don Miguel. «¡Ingratos —nos decía una vez un compatriota refiriéndose a los portorriqueños—, después que descubrimos y conquistamos y poblamos aquello!» «¿Cómo —le replicó el que esto escribe— que descubrimos y conquistamos y poblamos aquello nosotros? Pues yo no me acuerdo de haber tomado parte en tales proezas». Y él entonces: ¡«Bueno, nosotros no; pero nuestros abuelos!» Y yo, a mi vez: «¡Los nuestros no, caballero, sino los de ellos! Estos descubridores, conquistadores y pobladores fueron padres de sus abuelos y tíos de los nuestros. Del mayorazgo, que se quedó aquí, descenderemos nosotros, o del que no pudo irse; pero del segundón, del aventurero que se fue, descienden ellos.» (IV, 1019-1020).

Al iniciarse el siglo XX, por tanto, los *hermanos* —que no los *hijos*— argentinos, se hallan espiritual y culturalmente alejados de España, y próximos en voluntad a Francia —al *morbo gallico* barriolatinesco, denuncia Unamuno a Rubén Darío desde *La Nación* en 1899 (IV, 729)—. Lo cual, es evidente tras cuanto vengo exponiendo, subleva en lo más hondo de su alma al poeta de Salamanca. Y le subleva más todavía porque por esos años va cobrando cuerpo en los ámbitos culturales la teoría de Pellegrini de que al cabo de tres siglos se hablará en la Argentina un idioma especial. «... y en el fondo de todo eso —*La Nación*, 1908—, hay que decirlo claro, no hay en muchos más que ojeriza y desafección a España y a todo lo español. Afirman rotundamente la superioridad de la lengua francesa, verbigracia, sobre la castellana... Sí, en el fondo de mucho de eso late recelo o desafección a España. Hay desgraciado que se cree que con la lengua castellana va el espíritu inquisitorial o que no podemos decir en ella lo que en otras se dice.» (IV, 588)

Próximos en voluntad a Francia, acabo de expresar. Porque, siguiendo a Ortega, pre-

ciso es reconocer que «ese apartamiento de España y de su cultura se produjo sólo en el estrato de la vida colectiva argentina que depende de la voluntad de los hombres. Pero en la persona, como en la nación, la voluntad opera sólo en la superficie: las zonas profundas del ser no le obedecen, sino que están sometidas a la inexorabilidad del destino».[4] Y la España que la Argentina fue, perdura en los hondones del ser argentino y desde ellos opera soterradamente, influyendo de forma subrepticia, hasta aflorar de nuevo, a partir de 1914, fecha del nacimiento de la benemérita Institución Cultural Española de Buenos Aires, bajo el patrocinio de don Avelino Gutiérrez.

He aquí la ocasión, pienso, para que Miguel de Unamuno, además de con su pluma como hasta ahora, emprenda una aventura ultramarina, inaugurada bajo los auspicios de la Institución, nada menos que con don Ramón Menéndez Pidal y con el joven filósofo José Ortega y Gasset. Testimonios de su deseo de visitar la Argentina existen múltiples. En 1899, en carta a don Casimiro Muñoz publicada en *El Imparcial* de Azul, escribe: «La verdadera patria es la del espíritu. Lo que de mi patria no se ha sustanciado en mi espíritu, haciéndose carne de su carne, no es digno de mí. A donde yo voy, va conmigo mi patria. De nada me sirve la civilización que me rodea en instituciones y monumentos si no se reduce a cultura, a sentimientos e ideas que encarnen en mi seno espiritual» (IV, 724). Tras lo que suspira en confesión nostálgica: «Por todo esto, ¡si supiera usted con qué ganas visitaría ese país!» (IV, 725). En 1906, desde las páginas de *La Nación,* repite su desconocimiento físico de aquél: «Hoy me place hablar de ese país que nunca he visitado, de ese país del que sólo sé por libros, revistas y periódicos que de ahí me llegan; por cartas, por informes de personas que lo conocen de vista y trato» (T. A., 1008). Al concluir el año 1912, cuando de nuevo lo español parece renacer en la Argentina, ha corrido el rumor de su inminente visita. En desahogo personal, en las páginas otra vez de *La Nación,* una confesión privada: «... de tiempo en tiempo corre por los periódicos de esa república la noticia de que voy con mis remesas de conferencias bajo el brazo. Ganas tengo, es verdad, de conocer esa tierra y de visitarla, más para enterarme y aprender que para ir a enterar a nadie ni a enseñar a nadie, pero cuando vaya, si es que al fin se me logra mi anhelo de ir, quiero que conste que iré solo, no en comandita con nadie, que no iré contratado por empresario alguno como si fuese un oso o un acróbata y que de ir a dar conferencias no será hasta que éstas hayan acabado de desacreditarse del todo» (IV. 971). Esta frase pone de manifiesto tanto la indómita rebeldía e independencia del genial vasco, cuando su complacencia por el cultivo de la paradoja. Pero lo cierto es que por motivos a los que no alcanza mi conocimiento —su rebeldía, su indolencia para abandonar Salamanca, luego los eventos políticos—, nunca visitó América. En 1920, desde *El Liberal* de Madrid resuena aún el eco de tal imposibilidad: «La verdad verdadera es que la América es hoy para los más de los españoles un país de refugio, una tierra a que se va a redimirse de la servidumbre económica, a poder vivir. ¡Ah! si el que esto escribe fuese más joven y no estuviese prendido al suelo de esta vieja España por raíces de hábitos de necesidad, habríase ido ya. Y habríase ido en busca de España, de su España, que no se encuentra

[4] *J. Ortega y Gasset,* op. cit.

aquí, a buscar algo siquiera de lo que aquí pudo llegar a ser» (IV, 644). La pasión de España, perenne e inconmovible en su espíritu.

Por todo lo cual, y entro así en la parte final de mis reflexiones, otra habría de ser la expresión de su patriotismo. Ante el mutuo desconocimiento, ante el peligro de creación, incluso, de un nuevo idioma argentino, la divulgación máxima del inmenso fondo cultural expresado en la común lengua habría de ser el objetivo. Al comentar desde las páginas de *La Epoca,* en 1899, el libro de Francisco Grandmontagne *La Maldonada,* afirma que tal tipo de novela es la que quisiera que llegase de América. «Ahora que, empequeñecida y acongojada España, busca a sus hijas, es cuando necesitamos que nos descubran el campo y la vida de aquellos vivaces retoños de nuestro linaje» (IV, 722). Entre nuestra literatura y la de las naciones americanas de lengua castellana, le oíamos antes, existe una hondísima comunidad. Sí, pero «cuando se trata de enterarnos cómo sean y viven las naciones americanas de lengua española entonces nos echamos hacia atrás. En general aquí, en España, reinan las más equivocadas y absurdas ideas respecto a las cosas de América» (IV, 884). En tal sentido, en paciente y periódica revisión de autores argentinos y de revistas literarias como *Estudios* y *Caras y Caretas,* hasta más de cuarenta autores son glosados por él en los tres primeros decenios del siglo, en nómina que abarca desde José Hernández y los cultivadores del gauchismo «Aniceto el gallo» y «Anastasio el pollo», pasando por las figuras míticas de Domingo Faustino Sarmiento y Bartolomé Mitre, hasta historiadores como Ricardo Rojas, Adolfo Saldías, Estrada, Pelliza, Juan Agustín García, y novelistas como Martínez Zubiría —el famoso Hugo Wast— y el Enrique Larreta de *Una vida en tiempos de Felipe II,* y tantos más. Sin olvidar su personal gestión para que la biblioteca del Ateneo de Madrid contara con lo más representativo de la literatura, de la historia, de la geografía y de la ciencia argentinas. Pero todo ello sin «la ridícula pretensión de no pocos españoles de que España ejerza el monopolio del casticismo en el lenguaje y dé la pauta y el tono de él. Lo he dicho cien veces —se exaspera— y lo diré aún cientos de veces más: desde que la lengua castellana se ha extendido a tantas, tan dilatadas y desparramadas naciones, todas ellas con igual derechos tienen de entrar en la labor de transformar, depurar y flexibilizar este idioma» —*La Nación,* 1906— (T. A., 1006). «La argentinidad me interesa —escribe cuatro años después en el mismo diario— porque mi batalla es que cada cual, hombre o pueblo, sea él y no otro, y me interesa además como español recalcitrante y preocupado de mantener aquí la españolidad» (III, 545). ¡Cómo me viene a las mientes, en este sentido, la finísima fórmula de Montaigne, al dar razón de su amistad con La Boétie: «Si se me obligara a decir por qué yo le quería, reconozco que no podría contestar más que respondiendo: porque él era él, y porque yo era yo»! Y esa fina distinción no empece, es evidente, por el contrario la exije, una común expresión: «La lengua —apunta Unamuno en 1911, desde *El Mercurio* de Nueva Orleans— es hoy el principal patrimonio de los pueblos todos hispánicos, es nuestro caudal, es la bandera que tiene que cubrir nuestra mercancía. Y si queremos conservar cada uno nuestra independencia, es decir, nuestra personalidad espiritual, tenemos que comerciar en castellano» (IV, 598).

He aquí la última clave del amor a la patria, a través de la lengua, en la vida y en la obra de don Miguel de Unamuno: se publicó ya en vísperas de su muerte, en el libro *Diez maestros,* editado en Buenos Aires en 1935. «Y esa habla se va robusteciendo y

recreando, tanto ahí como aquí, a medida que vamos unos y otros, de un lado y otro del Atlántico, zahondando en nuestra común cultura. Que la cultura en que tiene que prender la ilustración para ser viva, fecunda y duradera, arranca del habla.» «Por esto —prosigue— cuando ahí en la América hispana, como aquí en España, queremos asimilarnos las visiones, las ideas que nos llegan en otros sones, en otras hablas, y apropiárnoslas y hacer con ellas nuestra cultura, tendremos que repensarlas en nuestra palabra, tendremos que oírlas, y con los oídos del corazón, en nuestro lenguaje.» Para concluir con este bellísimo párrafo: «Mejor habrían dicho diciendo que lo que las aguas y la sangre separan une el verbo, sangre espiritual de cada comunidad civil humana. Las aguas del mar, por otra parte, unen a los mismos a quienes parecen separar. Y esto lo sintió Sarmiento mismo, cuando al final de su grandilocuente "Discurso de la bandera", tan español, tan castellano, os hablaba del mar que en el Plata se abre a los pueblos todos. En aquel mismo discurso en que nos decía a los españoles que tendríamos tierra y libertad cuando fuéramos a pedíroslas como una deuda. ¡Tierra y libertad es para el espíritu el habla!» (IV, 652-654). Recuerdo en este momento las bellas y atinadas palabras que Pedro Laín, mi amigo y maestro, amigo y maestro también de tantos hispanoamericanos, dedicó hace años al tema de la lengua en Unamuno, en la Real Academia Española de tal título. Distinguió Laín entonces entre el habla y el decir en el poeta vasco, mostrando la predilección que sentía por el *habla,* por el puro hablar sin decir, el simple hablar sin sentido, como la más idónea expresión de nuestro ser. Más aún. Para Unamuno, la palabra está no sólo por encima de la razón, sino también de la acción: hacer sin hablar es puro mimo. Por eso él, cultivando el habla, intercambiando el habla, impregnando de amor el conocimiento de los pueblos hispanos a través del habla, respetando el habla de cada país americano, soñó con una comunidad de cuyo espíritu fuese sangre el habla. Este fue su patriotismo.

Llega la recapitulación. A lo largo de estas páginas he intentado, siguiendo la incitación del propio autor, revivir su pensamiento, una parcela de su pensamiento, en la lectura glosada de sus propios textos: el patriotismo de la lengua. Que él mismo estaba en parte satisfecho de su tarea lo dice un texto aparecido en *La Nación* en diciembre de 1912: «Creo poder afirmar, sin que ello se me tome a petulancia, que yo por mi parte, solo y señero, desligado, sin estatuto ni programa, he hecho por la unión espiritual de los pueblos de lengua española tanto como haya podido hacer cualquier otro...» (IV, 967). Pero sólo en parte: porque siete años más tarde, las mismas páginas del diario bonaerense reproducían otro artículo de don Miguel, escrito con «el tono de un hombre que no es ya joven, que lleva cerca de treinta años trabajando, a su manera, por la comprensión, que es la única unión verdadera, mutua, de los pueblos de lengua española; de un hombre que, como Renan para el francés, hace votos por que se llegue hablando español al valle de Josafat y que empieza a desfallecer» (IV, 1047).

Hete aquí el problema penúltimo. Lo que Unamuno propuso, lo que hizo, lo que para que tal acción no quedase en puro mimo habló, ¿tuvo sentido? Mejor aún: ¿tuvo efecto? Hoy, medio siglo después de su muerte, ¿no siguen vigentes la mayor parte de sus alegatos, y pese a las Instituciones de Cultura Hispánica queda aún muy lejos la comunidad de amor, entendimiento y conocimiento que él soñó, y de cuyo logro comenzaba a desfallecer en su edad madura? Yo sólo puedo decir que siempre que

visito América lo hago como él quiso visitarla y nunca lo hizo, sin empresarios ni en comandita; a cuerpo desnudo intento poner un granito de arena en esa tarea de comunión lingüística, sin presupuestos oficiales, religiosos ni políticos. Como él, sin conocer el remedio mágico que cure, o al menos mitigue, nuestros males, y agradecido de antemano al que lo encuentre.

El penúltimo problema, escribí. Porque mi problema último es otro, expresión de un temor sin rebozos. Al hilvanar a mi modo cuanto antecede, ¿mereceré esos despectivos improperios de petulante y badulaque que usted, don Miguel, aplicó a los que no entendieron su pensamiento? ¿Habré sabido expresarle como usted quiso? Vuelvo a sus versos una vez más, y quedo tranquilo:

> Y si un día os negare
> argüid contra mí conmigo mismo,
> pues os declaro
> —y creo saber bien lo que me digo—
> que cuando llegue a viejo,
> de éste que ahora soy y me respiro,
> sabrán, cierto, los jóvenes de entonces,
> más que yo, si a este yo me sobrevivo. (IV, 172)

Lo cual, admiradísimo y siempre superviviente don Miguel, supone para mí no poco respiro.

Agustín Albarracín Teulón

NOTA

Para la elaboración de este trabajo he utilizado las siguientes obras de Unamuno con las siglas que acompañan, seguidas de la página correspondiente:

Obras Completas. Escelicer, Madrid, 1966:

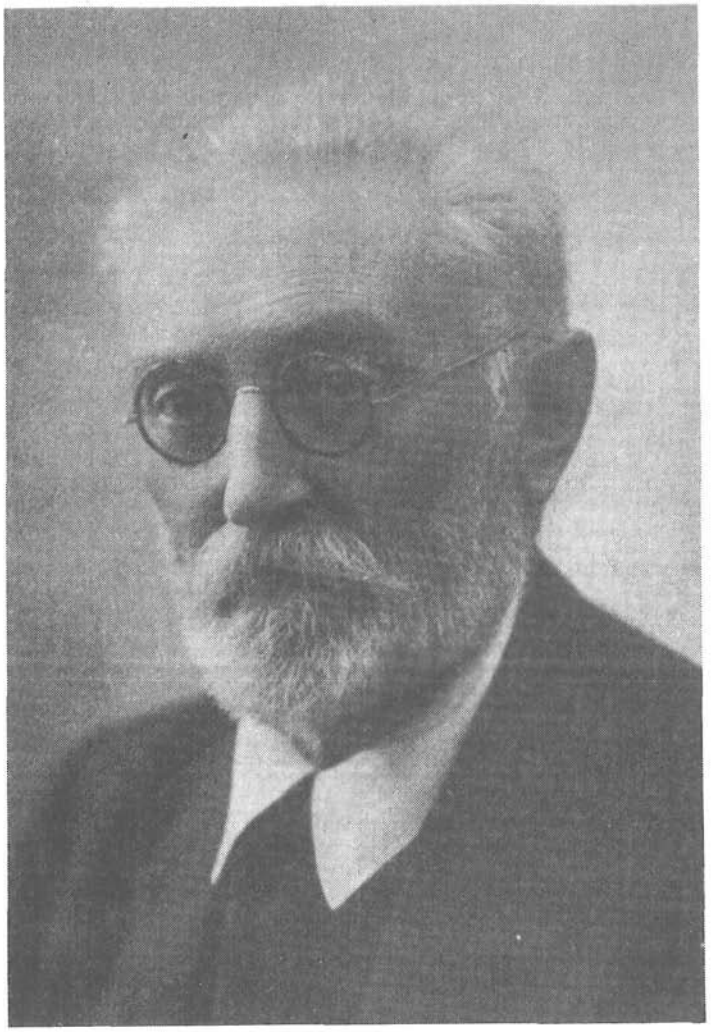
Vol. III: *Nuevos ensayos.* «Contra esto y aquello. Sobre la argentinidad».

Vol. IV: *La raza y la lengua.* «La lengua española en América (1898-1935)» y «Letras hispanoamericanas (1894-1924)».

Cito siempre por el volumen correspondiente.

Obras Completas. Ed. Afrodisio Aguado, Madrid, 1951-1958:

Vol. IV: *Ensayos.* «Temas argentinos». Cito T. A.



A la Biblioteca Nacional de Méjico
en recuerdo de los libros mejicanos que de
niño leyó

Miguel de Unamuno

Salamanca, agosto de 1935